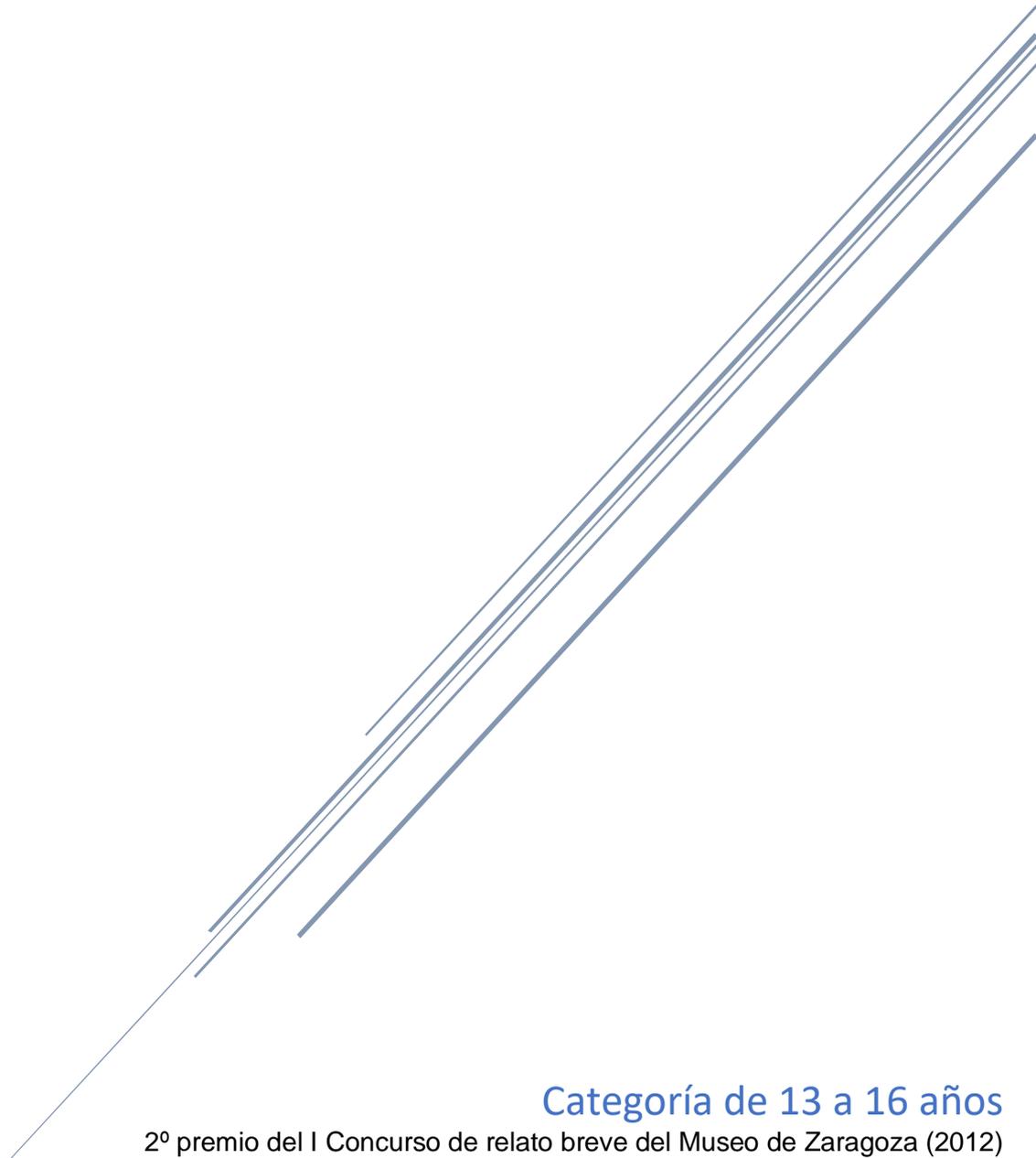


CUBRO MI ROSTRO CON LAS MANOS

Celia Sánchez



Categoría de 13 a 16 años

2º premio del I Concurso de relato breve del Museo de Zaragoza (2012)

CUBRO MI ROSTRO CON LAS MANOS

Cubro mi rostro con las manos. La lluvia me ha pillado desprevenida, y no tengo paraguas ni capucha. Empiezo a correr a toda prisa, cruzando la Plaza de los Sitios, con mis botas chapoteando con fuerza sobre los charcos. Queda poco para llegar a mi casa, pero el chaparrón arrecia y los nubarrones acechan tormenta. Y no me equivoco, ya que, en menos de lo que me esperaba, un rayo ilumina el cielo seguido de un trueno. Veo a lo lejos el Museo de Zaragoza, y acelero el paso para resguardarme allí de la tempestad hasta que disminuya. En el fondo, me apetece entrar. Siempre me había apetecido visitarlo, y ahora era mi oportunidad. Pido una entrada y me escabullo entre los pasillos. Al menos podría entretenerme mientras fuera el viento huracanado arranca de las manos los paraguas de los pocos peatones que caminan por la ciudad. Por el museo el silencio reina, sepulcral. Parece estar desierto. Sin embargo, a veces me encuentro a las señoras encargadas de vigilar la exposición, y me asusto.

Parecía que las horas pasaban entre pinturas y esculturas, y yo, sin móvil ni reloj, no sabía ni cuando era el momento de cerrar hasta la tarde. El museo era hasta tétrico escuchando solamente mis sigilosas pisadas. Con las manos en los bolsillos, juzgaba las obras en mi cabeza, de una manera muy crítica y sin piedad, como suelo calificar yo. No me siento orgullosa, porque es cierto que están todos muy bien matizados y las estatuas, bien esculpidas. Me paro en la puerta que da al patio que se sitúa en medio del museo. Sigue lloviendo. Adoro la lluvia, pero no estoy para resfriarme. Soy bailarina. Bailarina aprendiz. Pero el miércoles tengo una exhibición, y llevo preparándola desde hace meses. Hoy es sábado. Y no se va a fastidiar todo mi trabajo por un simple deleite a bailar bajo las gotitas frías como el café con hielo que saboreo todas las mañanas. Reprimo mis deseos de salir a la oscura plazoleta del museo y sigo andando con cierto enojo. Segundos después he vuelto a asomarme por la portezuela. Me había parecido ver a una mujer saliendo del museo con las llaves en la mano, cerrando el portón de entrada del museo tras de sí. Mi instinto me decía que debía empaparme bajo la lluvia para llegar a avisar a la señora de que no me

dejara encerrada. Pero por otro lado el baile es más importante. Salgo corriendo, ahora más que nunca, por los mudos caminos hacia la salida. Tarde.

—¿Hola? —exclamo histérica—. ¿Puede alguien oírme?

No hubo respuesta. No esperaba otra cosa. Empiezo a aporrear la puerta con los puños hasta que empiezan a causarme dolor y freno. Me siento en el suelo congelado. Hundo la cara entre las rodillas. Tengo miedo. No sé de qué, sencillamente me avergüenza decir que el hecho de estar sola no me... agrada. Una gélida ráfaga de viento me acarició, despeinando mi pelo castaño empapado. Levanto la mirada, tan solo un momento. Me asusto. Hay personas andando por delante de mí, sin reparar en mi presencia. Si se puede decir que son personas, y si están andando. Flotan, vuelan. Son espectros, fantasmas que vagan por el museo cuando este cierra. Reconozco al arcángel San Gabriel, del cuadro *El sueño de San José*, los querubines que colocan la corona a Santa Catalina de Alejandría, el ángel del cuadro *Santa Cecilia*, el arcángel San Miguel, del cuadro de su mismo nombre... Todos aquellos ángeles que se veían representados en los cuadros habían cobrado vida enfrente de mis ojos. Temerosa, me pongo en pie y empiezo a acercarme lentamente hacia ellos. Alargo la mano para tocar una de sus alas, que parecen tan blancas y algodinosas... Pero la imagen se deshace entre mis dedos y el ángel se gira en mi dirección. Parece verme.

—Hola... —murmuro.

El arcángel no responde. Empieza a volar en mi dirección mientras yo retrocedo, asustada. “Es un espectro”, me repito. Cosa que me hace asustarme aún más. Sin darme cuenta, salgo a la plazoleta, a rebosar de fantasmas pendientes de mí. Huele a humedad. Es en lo último que me da tiempo a pensar cuando resbalo y caigo al suelo con brusquedad de espaldas, desvaneciéndome en un profundo desmayo...

Despierto en una cama de hospital, extrañamente cansada, con la respiración entrecortada, y recordando aún la última escena que he vivido antes de desmayarme. Veo a mi madre durmiendo en el sofá que se sitúa a mi lado, y a

mi hermano mayor apoyado en la pared, también reposando, con un cojín a modo de almohada.

—Hola... —saludo a susurros.

Mi hermano masculla algo ininteligible. Me ha escuchado, aunque siempre ha odiado que la gente le despierte de un sueño reparador. Abre un ojo, poco después el otro, y me saluda con un leve gesto de la mano y con una sonrisa en la cara.

—¿Qué tal estás? —pregunta con un cariño jamás visto en él—. ¿Te encuentras mejor?

—¿Qué ha pasado?

—Te abriste la cabeza y te dislocaste el hombro. Te encontraron en el museo inconsciente, no sabían quién eras ni de dónde venías, puesto que no llevabas el móvil, ni el carné, ni nada. Te llevaron al hospital y, al ver que no venías, llamamos a la policía, que nos avisó de que te encontrabas aquí. Y aquí estamos—explica.

—¿Qué día es hoy? —me atrevo a preguntar.

—Martes —me dice observándolo en su móvil—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Y crees que mañana me dejarán salir? —las lágrimas empiezan a brotar de mis mejillas.

—No creo... ¿Por qué?

No respondo. Me tapo la cara con las manos y comienzo a llorar desconsoladamente, ante la mirada perpleja de mi hermano, que no sabe que mañana iba a ser un día muy importante para mí y por un simple descuido, se había estropeado.

—Iba a bailar... —sollozo, afligida.

No entro en más detalles. Él no responde, y yo no estoy por la labor de hablar ni relatar mi historia vivida en el museo.

Jamás la conté. Aquel sábado fue tristemente guardado en el baúl de los recuerdos, que nadie nunca se atrevió a abrir. Aunque en realidad, me gustó entrar en el museo. Había presenciado un fenómeno que puede que nadie hubiera presenciado. Ver a los ángeles salir de sus respectivos cuadros, observar su alma vagar por los corredores. Nunca paré de bailar. De hecho, esa experiencia me animó a hacerlo, y bailé toda mi vida, aunque no llegara a ser de las mejores. Nunca me arrepentí de haber entrado en el museo aquel día lluvioso...

Autora: Celia Sánchez

2º premio del I Concurso de relato breve del Museo de Zaragoza (2012)

Categoría de 13 a 16 años

